

> Radiografía de la mujer española/ 12
Montejo de Tiermes (Soria)



> En estas tierras impera una ley no escrita: las mujeres emigran y ellos quedan al frente del negocio familiar, agrícola o ganadero. Por eso, el número de chicos supera al de chicas: entre los 16 y los 64 años, ellos son 45, ellas, 33.

A la izq., **Teresa Pereletegui** en su pajar rehabilitado de Cuevas de Ayllón. Arriba, **Cruce de caminos** que conduce a las distintas pedanías de Montejo de Tiermes. A la dcha., detalle de una fotografía del valle de Pedro, pequeña aldea del municipio soriano.

Sin escaparates; sin cafeterías donde charlar con las amigas; ajenas a la tiranía de modas y estética, viven las últimas moradoras del municipio soriano de Montejo de Tiermes. Mujeres en peligro de extinción, al igual que los buitres leonados que sobrevuelan sus cielos. Son la última bocanada de oxígeno en un entorno rural que agoniza. Las hay que sólo conocieron los límites de estas tierras; otras recalán aquí huyendo de humos y asfalto y algunas llegaron desde muy lejos en busca de sustento.



LAS OLVIDADAS

por PILAR ARRANZ + fotos CARLOS LUJÁN

Ni un alma. Cuando llegas a Montejo de Tiermes entiendes lo que significa el término pueblo fantasma: en las calles no hay ni un alma. Si aguzas el oído para atisbar señales de vida sólo escuchas el cotoreo de las cigüeñas que adocenatan su nido en lo alto de la torre de la iglesia de San Cipriano y San Cornelio. Pero, de repente, algo delata que no estamos solos, los movimientos clandestinos de algunas cortinas indican que, tras los muros de piedra, «espían» a un coche forastero que ha aparcado a los pies del frontón del pueblo. Sin embargo, los montejanos no abandonan su refugio para hablar con los recién llegados.

A mediados de marzo, el viento que corre por las callejuelas resulta helador, un elemento disuasorio para no cruzar el umbral de la puerta. A los cinco minutos de iniciar el paseo por el pueblo acaban las construcciones y el cemento de la calle deja paso a un camino que conduce al cementerio. El vendaval que asoló la región semanas atrás ha esparcido por los campos colindantes las flores de plástico que adornaban las tumbas; muchos podrían entender en este hecho una metáfora de lo que ocurre en estas tierras, que van agonizando al mismo ritmo que sus moradoras marchan de aquí. Pero algunas se quedaron. El censo dice que son 81 en total, aunque un simple recorrido por las calles del pueblo y sus pedanías (Ligos, Valderromán, Cuevas de Ayllón, Noviales, Carrascosa, Hoz de Arriba y de Abajo, Torresuso y Pedro) echa por tierra la cifra oficial. En Ligos, sin ir más lejos, vive una de las que nunca abandonó sus raíces, Juana. Para conocerla hay que recorrer los 10 kilómetros de carretera comarcal que separan ambos pueblos; en el trayecto, lo habitual es no toparse con ningún otro vehículo. Inquietante para cualquier conductor al que se le pase por la cabeza qué sucedería si, en ese momento, el coche le dejase tirado, máxime cuando en ese páramo no hay cobertura de telefonía móvil. Al llegar a Ligos la escena se repite: ni un alma por la calle, ni siquiera un vehículo que delate que allí hay presencia humana. ¿Cómo reconocer entonces el domicilio de Juana? Una leve columna de humo se asoma por una chimenea; señal inequívoca de que ahí, alguien, aviva el fuego del hogar.

Juana Bahón no da crédito, ¿a quién le puede interesar de qué manera transcurren sus días? Muestra extrañeza ante el hecho de que su biografía pueda suscitar cualquier tipo de curiosidad; el estupor se multiplica cuando comprueba que quieren fotografiar su rostro castigado por años de faena al aire libre y su cuerpo cubierto de ropas austeras y poco favorecedoras. En esos andurriales, hoy, es la única moradora. Su marido anda faenando en el campo; los miembros de la otra familia vecina andan dispersos entre el cuidado del ganado y la visita al mercadillo que, como cada jueves, se instala en la próxima villa segoviana de Ayllón, y que se convierte en uno de los atractivos para las damas de la zona. Ella no puede acudir porque no tiene carnet de conducir. «Esa es la única pena que me va a quedar en la vida, no habérmelo sacado, por eso, mis seis hijas lo tuvieron en cuanto cumplieron los 18 años, aunque en casa no hubiera para comer», afirma Juana. Aquí, el hecho de poseer el carnet de conducir no es una cuestión baladí, representa la llave que te abre la puerta de la →



>Soria, junto con la Laponia nórdica y las Tierras altas escocesas constituyen los únicos tres desiertos demográficos de Europa. La densidad no sube de los nueve habitantes por km cuadrado, aunque en esta comarca castellana la cifra baja a un llamativo 1,25% (la media del país es de 91,5%).

independencia. Sin él te enfrentas a la buena voluntad de maridos o familiares que se prestan a ejercer de chóferes ocasionales. La zona carece de transporte público y la única manera de «bajar» a Ayllón es el minibús que, tres veces por semana, y por un euro, recoge pueblo por pueblo, a quien quiera acercarse a la localidad segoviana para hacer gestiones y compras. Pero Juana no se lamenta de este abandono, asegura que están «mejor que nunca», porque, semanalmente, reciben la visita del carnicero, frutero y pescadero y, los días alternos, disponen de pan tierno.

Juana, 64 años, aparca un momento sus tareas domésticas para ofrecernos un café. No muestra reticencia a la hora de abrir sus puertas, a pesar de lo inesperado de nuestra visita. Su hogar no difiere de cualquier vivienda unifamiliar, si acaso la presencia de una estufa de leña que calienta la estancia principal. Al calor de la lumbre habla de su vida en estas tierras sorianas. Siempre ha disfrutado con las tareas agrarias, a la par que ha renegado del papel de ama de casa. Hasta donde le alcanza la memoria, se recuerda trabajando cada día de sol a sol, primero ayudando en el molino a sus padres, luego, ya casada con Pepe, lo mismo tocaba arar con las yuntas que trillar. Durante un tiempo también crió ovejas, lo que la condenó a trabajar 365 jornadas al año, «los animales no saben de fiestas, necesitan comida y ordeño cada día». Pero de su boca no sale nunca una queja, se resigna a aceptar la forma de vida que el destino le ha deparado. Así son las mujeres de aquí, recias, incapaces de mostrarse lastimeras porque, los pesares, se los guarda una para dentro. Juana, al igual que la mayoría de las mujeres que trabajan en el campo, no ha cotizado a la Seguridad Social, por tanto, el año que viene, que ya cumplirá 65 años, no tendrá una pensión que reconozca que ha dejado hasta su último aliento en los terrenos de labranza. No es de extrañar que, según datos de la Secretaría de Estado de la Seguridad Social, el 89,5% de las personas que cobran una

pensión no contributiva sean mujeres. Tras toda la vida trabajando como una mula, a partir del año que viene compartirá la pensión de su marido, y ambos tendrán que hacer malabares para subsistir con 550 euros, cantidad media que recibe un pensionista de la región. El problema es que el modelo se perpetúa y las generaciones posteriores heredan patrones de sus mayores.

Sin ir más lejos, María Jesús, 47 años, una de las ganaderas más jóvenes del lugar. Vive en Noviales, otra de las pedanías del concejo, echa una mano a su marido en el cuidado de las ovejas, tarea que no le deja ni un solo día de respiro. Por eso, la última vez que disfrutó de unas vacaciones fue hace 27 años, cuando celebró su luna de miel en Palma de Mallorca. Comparte también con las ancianas del lugar su falta de coquetería. Por estas latitudes cualquier industria cosmética quebraría; los rostros aparecen limpios, sin una gota de maquillaje, las únicas mujeres que iluminan sus labios con color vienen de otros países o de la capital. No resulta habitual que estas mujeres organicen alguna actividad conjunta, ni siquiera comparten café y charla en casa de las vecinas. Van pasando las fechas en el calendario y los encuentros entre ellas se limitan a un saludo si, por casualidad, coinciden en la calle. «Cada una está en su casa, eso sí, con la tele puesta, que hace mucha compañía», asegura María Jesús. Los programadores de TVE deben mostrarse bien satisfechos, las series de sobremesa *–Amar en tiempos revueltos, Bella Calamidades y En nombre del amor–* arrasan, lo mismo que «el parte» (los informativos se ven en la cadena de toda la vida, La Primera) y, sobre todo, el pronóstico del tiempo que, en estas tierras, levanta verdadera devoción.

Juana tiene seis hijas; a las cinco primeras las parió en casa, a la última en el hospital de Soria, «porque ya tenía 40 años y suponía un alumbramiento de riesgo». En ese centro hospitalario, a una

>El municipio de Montejo de Tiermes acoge un total de 209 vecinos entre la localidad que lleva su nombre (52) y las pedanías de Ligos (29), Valderromán (17), Cuevas de Ayllón (19), Noviales (32), Carrascosa (31), Pedro (12), Hoz de Arriba (2) de Abajo (6) y Torresuso (9).

hora de carretera, nacieron también Martín y Epi, los dos últimos niños que vinieron al mundo en el municipio (fruto de la unión de dos montejanos con dos chicas extranjeras, una uruguaya y una búlgara) y que ya son unos «hombrecitos» de siete años. Las dolencias más comunes las solventa Don Ramón (Ramón García), el médico que pasa consulta tres veces por semana en Montejo: «todo un lujo para una población tan pequeña», asegura; y semanas alternas acude a otras aldeas. «Tengo 180 fichas en mi archivo –cuenta–. La mayoría de gente muy mayor, con dolencias propias de la edad: problemas cardiorespiratorios, hipertensión, diabetes y poco más. Muchas veces, aunque no tengan ninguna consulta, les insto a que pasen a charlar conmigo para saber cómo les va todo. No veo diferencia entre estas pacientes y las que trato en San Esteban de Gormaz (3.314 vecinos); siguen funcionando los mitos, pero hace tiempo que las abuelas no llevan el pañuelo negro en la cabeza ni son analfabetas. Tienen garantizada la atención médica y, en caso de urgencia, una ambulancia medicalizada, incluso un helicóptero para asuntos de suma gravedad. De todas formas, las mujeres de esta tierra son muy duras, lo han pasado fatal y han forjado un carácter que no se rinde ante la adversidad.» El médico ejerce, además, de confidente y consejero; se encuentra con personas dóciles a la hora de acatar sus recomendaciones, todas menos una: al sugerirles que

estarían mejor atendidas en una residencia de ancianos; «se resisten a abandonar la tierra que las vio nacer», aclara. La residencia más cercana está en Retortillo, un municipio colindante, cuenta con 22 plazas, que se ampliarán hasta 51. «La gestión es privada porque –se lamenta– la Diputación se está deshaciendo de las que tenían titularidad pública. Desde luego, si existe una carencia profunda en esta región, tan envejecida, es la falta de plazas en los centros geriátricos.»

Con las recetas que don Ramón les ha extendido, las vecinas dan la vuelta a la esquina y se topan con la farmacia de María Castro, madreña de 36 años que se traslada desde la capital para prestar este servicio. «Aquí –cuenta la farmacéutica– tengo un poco de todo, desde medicamentos comunes, hasta productos de limpieza o tintes para el pelo»; María confiesa que en los cuatro años que lleva con el negocio no ha conseguido vender ni un solo condón, y que sólo una paciente utiliza la píldora anticonceptiva. Recuerda, también, cómo hace unos meses un vecino le solicitó, de forma clandestina, que le proporcionase *Viagra* para un amigo, y el chasco que se llevó el buen hombre cuando María le solicitó la receta para que «su amigo» pudiera obtener la píldora azul. Ni María Jesús ni Juana han recurrido nunca a la planificación familiar. La primera ha tenido tres pequeños, uno de los varones →

Powered by blusoft

STONEFLY

Estefanía Luyk

The advertisement features a woman with long brown hair, smiling, wearing a light grey blazer over a white top and light-colored trousers. To her left, a pair of red leather boat shoes with white laces is shown in a floating, 3D perspective. The background is a bright blue sky with several light blue balloons. The brand name 'STONEFLY' is written in white capital letters on a dark blue rectangular background, and the name 'Estefanía Luyk' is written in a white cursive font below it. In the top left corner, there is a logo for 'blusoft' with the text 'Powered by'.



De izq. a dcha., y de arriba abajo: Una vecina de **Montejo de Tiermes** acarrea un saco de leña. Redil de ovejas. Los gallineros forman parte del paisaje. Vecinas de **Noviales** pasean a las afueras de la pedanía. Es sábado y algunas aprovechan el fin de semana para escapar desde Zaragoza o Madrid hasta el pueblo que las vio nacer.



sigue la tradición ganadera del padre. Juana tuvo seis hembras y las tierras en las que ella y su esposo dejaron su aliento, no tendrán quién continúe explotándolas. Y es que el proceso de masculinización en el que ha entrado el medio rural se observa de forma palpable en el «chiringuito» de Manolo, un bar situado al pie de las ruinas de Tiermes, yacimiento celtíbero y romano convertido en el principal foco de atracción turística de la zona. Para cualquier mujer es toda una experiencia cruzar el umbral del bar; ni Naomi Campbell en sus mejores desfiles sentiría que su anatomía fuera escudriñada de forma tan minuciosa como lo percibes al acceder a ese reducto de «solterones». Aquí se reúnen cada día una decena de mozos para charlar de fútbol, del ganado y de lo difícil que resulta encontrar pareja. Las vecinas saben que, cada cierto tiempo, ellos escapan al club de alterne de Boceguillas, una localidad segoviana próxima, o planifican algún viaje a Cuba para intimar con las caribeñas. Sin embargo, una cierta desconfianza aleja a los montejanos de las muchachas que vienen de fuera. Dudan si despiertan más interés en ellas sus saneadas cuentas corrientes (los sorianos son los españoles más ahorradores según los estudios de la Fundación de Cajas de Ahorros) que la idea de formar una familia en este apartado rincón del mundo. Algunos, sin embargo, bajaron la guardia y encontraron el amor en mujeres de otra nacionalidad. Eso le ocurrió a Jacinto, el ganadero que todos los días se pasa por el bar de Manolo a tomar una cerveza antes de marchar a casa con la uruguaya con la que convive y que hace tiempo perdió su nombre.

Que nadie pregunte por Bettina en Valderromán, ella es «la del Jacinto». «No sabes cómo me molestaba al principio que me llamarán así –recuerda–. Ahora ya me he acostumbrado». Nadie adivinaría el origen de esta mujer que marca las «zetas» con contundencia, ha borrado cualquier rastro de su acento porque se cansó de que las abuelas no le entendieran cuando pedía «galleta rallada para hacer milanesa». «¡Mujer –le recriminaba su vecina Aurelia–, haberme dicho que querías pan rallado para empanar un filete!»

Estas *flores de otro mundo*, como las calificó la cineasta Icíar Bollaín, son la esperanza de esta tierra, las nuevas pobladoras que vienen a trabajar, sobre todo en negocios relacionados con el turismo; ellas se empadronan en la región pero, sobre todo, paren. Once mujeres de Montejo no tienen pasaporte español (Bettina ya lo logró), de ellas nueve son comunitarias, mayoritariamente de los países del Este, y las dos restantes, de Marruecos. Es curioso comprobar cómo, en un entorno donde todo el mundo conoce hasta el mínimo detalle de la vida de los otros («que si en Hoz de Abajo vive una familia de testigos de Jehová»; «que si Antonino, el pobre, se ha quedado solo en Torressuso...») la marroquí que vive en Carrascosa, no tiene nombre y nadie le ha visto el rostro. Lleva más de cinco años afincada en la localidad y sus vecinos la han vislumbrado a lo lejos cuando sale de su casa, cruza la carretera y tiende la ropa frente a la puerta de su hogar. Si alguien golpea su puerta y ella está sola, nunca contesta. Su marido, marroquí también, se dedica al pastoreo de las ovejas, por lo que la «mora» pasa mucho



tiempo en compañía de sus pequeños, dos niños de 12 y tres años, y una niña de 10 que aún corretea por el pueblo sin velo.

La del Jacinto, sin embargo, se encuentra tan integrada en este entorno, del que se prendó mucho antes de encontrar al padre de su hijo, que no se marchará jamás, a pesar de que, de tanto en tanto, eche en falta una amiga para charlar «de la Esteban», por ejemplo. Bettina, la licenciada Laurino (la primera mujer que luce carmín en sus labios), se graduó en Filología inglesa en Uruguay y estudió un máster en Brighton. Llegó a este recóndito paraje el 21 de diciembre de 2000 porque, casualidades de la vida, unos amigos trabajaban aquí. Supo inmediatamente que ese era su lugar en el mundo, porque al posar sus pies en las ruinas de Tiermes, se le erizó la piel. Al poco tiempo conoció a su compañero, que no marido, porque no han pasado por vicaría ni juzgado alguno. «Allí estaba el Jacinto, con su barba larga, vestido con su mono de faena (¡lo que he luchado para que no se convierta en su uniforme al finalizar las tareas!) acodado en la barra del bar de Manolo, con una cerveza en la mano. Cuando me decía que era ganadero, lo dudaba; en mi tierra los propietarios de reses lucen trajes impecables y botas relucientes.» Pero se enamoró de él, de alguien tan poco dado a las muestras de afecto en público —«la última vez que me besó fue hace algunos años en un vagón vacío del Metro de Madrid»— y tan distinto a su propia ideología: «yo soy votante de izquierdas y él es alcalde pedáneo por el Partido Popular. Dejé de discutir con él de política el día que me espetó que a él, Franco, nunca le había molestado. Yo, que viví una dictadura en mi país, decidí que, si queríamos tener una convivencia en paz, había temas que mejor aparcarlos.»

A falta de información, le inventaron a Bettina una biografía: «que tenía hijos, que venía a por el dinero del ricachón, que me iba a dedicar a holgazanear. Yo me amargaba y me preguntaba, ¿por qué inventan?», rememora. Ahora se ha ganado el respeto de sus vecinas porque «la del Jacinto es muy trabajadora». Bettina compatibiliza su trabajo como profesora de inglés en la localidad segoviana de Riaza, a 40 kilómetros de su casa, con la contabilidad de un hotel de Berlanga de Duero, más o menos a la misma distancia, y la limpieza del centro de reunión de Montejo (abierto de forma arbitraria cuando así lo dispone algún vecino). «Esto último –confiesa– es una penitencia para que no se me suban los humos a la cabeza.» A pesar de todo, a la forastera la siguen catalogando de rara, ¿la razón?: «sólo porque en mi casa se toca el timbre para entrar, aquí la norma es colarse sin avisar. Yo he llegado a despertarme y encontrar una abuela en la habitación». →



De izq. a dcha: María Jesús, vecina de Noviales, ante sus ovejas recién paridas. Tres mujeres en la misa dominical de la Iglesia de San Cipriano y San Cornelio de Montejo de Tiermes. Bettina Laurino, «la del Jacinto», en una de las calles de Valderromán.

>La esperanza de vida en la región es una de las más altas de España, 85 años las mujeres y 78,76 los hombres. Por contra, tiene un bajísimo índice de natalidad: siete menores de 16 años empadronados.

Martín, su hijo, va al colegio de Ayllón, a unos 20 km de Valderromán, en la ruta escolar que le recoge cada día. El bajo índice de natalidad acabó con la última escuela rural, allá por los años 80. En la escuela, Martín aprende matemáticas o lengua; en su casa, su madre le inculca «el amor por la cultura para que no se convierta en un paleta, y también le muestro cómo respetar a los que lo son; al primero, a su padre», argumenta. Y es que la primera que hubo de borrar ideas preconcebidas sobre esta tierra fue ella. «Llegué –recuerda– pavoneándome, creyendo que esta gente no me iba a poder enseñar nada, y con el tiempo me dieron varias lecciones de humildad y mucha sabiduría. La Aurelia me enseñó a plantar patatas para que la tortilla no supiera siempre insípida. Y yo, ¿qué les puedo enseñar si no sé ni coser un botón? ¿Les enseño inglés? Dime para qué les sirve.»

Por experiencia propia, Bettina suscribe una a una las palabras que Miguel Delibes dedicó al carácter mesetario al ingresar en la Academia de la Lengua, en 1975: «Lo que en realidad hay en el campesino castellano es un trasfondo de desconfianza ante el extranjero, que si alguna vez llamó a su puerta nunca fue para darle nada (...) todo ello no le ha impedido conservar su decoro, su tradicional hidalguía, su nobleza, su dignidad, virtudes que le inducirán a compartir un vaso de vino con el primer forastero que llegue tan pronto barrunte que no viene a él de mala fe...».

Teresa Pereletegui vivió en carne propia las miradas recelosas de los vecinos cuando aterrizó en una de las pedanías: «aquí se mueven en una eterna dualidad, la de no querer que sus pueblos se mueran y la reticencia ante el forastero que se instala». Teresa, 45 años, trabajaba como diseñadora gráfica en Madrid, pero necesitaba cambiar tráfico por naturaleza, ruido por silencio, parar el tiempo y recapitular acerca de lo vivido. Y la casualidad quiso que se topara con un pajar en Cuevas de Ayllón, lo reformó y en él vive desde hace cuatro años, sin agua corriente y sin luz. Cada día se acerca a una fuente cercana y llena una garrafa para abastecerse. En la fachada de su casa tiene una pequeña placa solar que, unida a una batería, le da un rato de luz artificial y la posibilidad de enchufar la *Epilady*. Lo que más le ha sorprendido es encontrar trabajo «de lo suyo» cuando ya estaba mentilizada de que el pastoreo sería su única salida profesional; sin embargo, ha maquetado el periódico local y ha dado clases de manualidades a las mujeres de las zonas limítrofes. Hasta el momento nunca ha pertenecido a ese 12% de sorianos que engrosan las listas del

paro. Ahora anda liada pintando artículos de tela que vende en las ferias de artesanía de la región. Celes, su vecino, llega para darle un recado; le habla con cariño, pero no acaba de entender que el perro campe a sus anchas dentro de la casa. En los pueblos los animales no comparten estancia con los humanos. La relación de Teresa con su entorno se limita a lo básico. «Nunca salgo, me preparo las infusiones en casa». Tampoco echa de menos una pareja, «¡mejor así!, resulta difícil encontrar a un hombre que comparta tu forma de ver la vida», bromea.

A Teresa no le hace ni pizca de gracia que, los fines de semana, la paz se vea turbada por las hordas de lo que antaño se denominaba «veraneantes» y que hoy engloba también a los «domingueros». Y es que la fisonomía del pueblo varía cuando el sol invita a escapar al terruño. Los tablones apostados en las puertas de las casas para evitar que la nieve y el agua se cuele por alguna rendija, anuncian que esas construcciones de piedra están habitadas, aunque no sea de forma permanente. Según datos de la Junta de Castilla León, el 63% de las viviendas situadas en municipios de menos de 1.000 habitantes corresponden a segundas residencias. Los paisanos que un día marcharon no han olvidado sus raíces, por eso, en cada aldea se puede encontrar un andamio que indica que las moradas están en proceso de restauración. En 1970 vivían en Montejo 897 vecinos, hoy son 209. Las cifras del éxodo no dejan lugar a dudas. Fue en los años 70 cuando los sorianos comenzaron a emigrar, el trabajo escaseaba y no deseaban seguir amarrados al arado y a la teta de las ovejas.

También acuden a este recóndito lugar decenas de rostros crispados huyendo del estrés de la gran ciudad, atraídos por la gastronomía, el sosiego y el yacimiento de Tiermes. El turismo es el gran elemento dinamizador de la zona. Almudena Vicente vio en este sector la forma de ganarse el sustento y abrió la *Casa Rural de la Abuela*, en Montejo. Sus amigos, sin embargo, apostaban cuánto le duraría la chaladura de cambiar el barrio madrileño de Chueca por su pueblo natal; «todos pensaban que me agobiaría y regresaría a la vorágine de la gran ciudad donde estudié Bellas Artes y viví siete años. Pero no lo he hecho, porque no encuentro ninguna desventaja viviendo aquí, si acaso pediría mejores conexiones a internet, nada más. En hora y media estoy en Madrid, compro ropa y, además, voy al cine o al teatro. Soy dueña de mi tiempo, que empleo en regentar mi negocio y en seguir ejerciendo mi profesión de restauradora, sobre todo de patrimonio religioso».

El cura de Retortillo la avisa de que la esperan varios Niños Jesús «de besar» (esos que se presentan a la adoración de los fieles) para darles lustre. Almudena, además, participa en todos los cursos de formación que oferta la Junta de Castilla y León encaminados, sobre todo, a fomentar sus habilidades como empresaria. También fue beneficiaria de las Líneas de Ayuda para el Desarrollo del Medio Rural, que se abastecen con fondos europeos, de la Administración Central y de la Autonómica. La Asociación Tierras Sorianas del Mío Cid, de San Esteban de Gormaz, gestiona estas subvenciones que hacen posible lanzar microempresas. Entre 2001 y 2007, gracias a este programa, 43 mujeres de la zona consiguieron un empleo.

Almudena, 31 años, representa a una nueva generación de sorianos que luchan por un futuro mejor. En las anteriores elecciones se presentó para ser concejala por el PSOE, sin embargo, se quedó fuera del consistorio: «esta zona peca de conservadora», dice. Sólo se rompió la racha cuando su madre, Carmen López, 71 años, se alzó con el bastón de mando de Montejo de Tiermes en 1992. La matriarca, viuda, hubo de sacar adelante tres hijos llevando mercancía a los pueblos, regentando una pequeña tienda, el bar, y ofertando la única línea de teléfono que existió durante décadas; por eso Carmen no teme a nada y habla claramente de política. El resto de las mujeres que rebasan los 65 años no opinan ante temas como la ampliación de la ley del aborto o los matrimonios homosexuales. Se limitan a murmurar, «yo de eso no entiendo», o bien... «a mí todo me parece bien, siempre que no se haga daño a los demás».

Las jóvenes como Almudena, no poseen ningún rasgo que las diferencie de las chicas de capital. El sábado por la noche, como corresponde, tiene una apretada agenda que cumplir. Primero, pasar por la «fiesta del neón» organizada por unos amigos en un pueblo cercano; luego, emprender camino hacia San Esteban de Gormaz para compartir un asado en una bodega y una sesión de monólogos en una de las discotecas del lugar. «Vamos, el mismo plan que pudiera tener cualquier persona de mi edad en la ciudad. Hay que alejar las ideas preconcebidas sobre la vida rural, la globalización ha borrado las diferencias. Me molestan los tópicos que nos rodean.»

La hija de Carmen y Teresa forman parte del movimiento bautizado como «neorruralismo», que loa las bondades de migrar de las grandes ciudades a núcleos pequeños y en contacto con la naturaleza. Es el lema del colectivo Abraza la tierra para facilitar la acogida de nuevos pobladores.

Los pasos de Almudena retumban en Montejo cuando se despiden y aleja en dirección a su casa. Su oído está acostumbrado al taconeo de sus botas, el único ruido que escucha la mayor parte de sus días al adentrarse en el pueblo. Nunca, de los labios de estas mujeres, ha escapado la palabra soledad. X

Este es el duodécimo capítulo de la serie **'Radiografía de la mujer española'**, que analiza su situación en las 17 comunidades autónomas. **Próxima entrega: 8 de mayo, Puertollano (Ciudad Real).**

WWW.YODONA.COM
Especial
TODOS LOS REPORTAJES PUBLICADOS DE ESTA SERIE, EN NUESTRA WEB



"Yo empecé entre horas"

Porque descubrí que la soja, por su origen vegetal, es una nueva forma de alimentarme sana y natural que ayuda a cuidar mi corazón. Así que, poco a poco, fui incorporando ViveSoy a mi vida. ¡Lo importante es empezar!



LO QUE VIVES HOY, TE PROTEGERÁ MAÑANA

vivesoy.com
UN CLICK MUY SANO